

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

LAS OCURRENCIAS

Me siento ante el ordenador para escribir este artículo, sin saber de qué va a tratar. Francisco Umbral decía que el verdadero escritor es aquel que escribe aunque no tenga nada que decir, pero este no es mi caso. Hago un repaso mental de los temas que podrían interesar a mis lectores. En este momento, investigo de nuevo sobre la memoria, que es el hogar donde vivimos, y desde el que vemos la realidad. Somos nuestra memoria y, por ello, no hay nada más estúpido que denigrarla

diciendo que es la inteligencia de los torpes. De los torpes y de los listos. De todos. A pesar de su interés, me parece un asunto demasiado complejo para un artículo breve como éste, y sigo ante el ordenador esperando que se me ocurra algo. Y lo que se me ocurre es, precisamente, hablar sobre las ocurrencias.

Muchos autores han estado en mi situación, y han tomado como tema de un escrito el hecho mismo de estar escribiéndolo. Se trata de un curioso desdoblamiento, como el que se da ante un espejo. Yo miro que me miro. Lope de Vega lo hizo en un famoso poema que comienza: "Un soneto me manda hacer Violante/ y en mi vida me he visto en tal aprieto./ Catorce versos dicen que es un soneto./ Burla burlando, van los tres delante". Y Ortega hizo lo mismo, en un delicioso artículo titulado *Meditación del marco*, obligado a

escribir precipitadamente unos cuantos pliegos. Voy más allá. Lo que verdaderamente me intriga es el hecho de que se nos ocurran cosas. Nuestro cerebro es una incansable y complejísima máquina que continuamente recibe, elabora y produce información. Una parte de esa información llega a nuestra conciencia. Son las ocurrencias, gracias a las cuales nos enteramos un poco de lo que se está cocinando en nuestra sala de máquinas mental. No sabemos cómo las producimos, porque ese *yo ocurrente* alojado en nosotros funciona a su aire. A veces no nos gusta su proceder, nos sentimos rehenes suyos, como cuando nos abruma con obsesiones o con deseos inconvenientes. Sin embargo, hasta cierto punto, es dócil. Yo le he dado

LA EDUCACIÓN CONSISTE EN FORMAR UN 'YO OCURRENTE' FÉRTIL, CREADOR, BONDADOSO Y DÓCIL

la orden de escribir un artículo y, mal que bien, me va soplando el discurso. Les confieso que produce cierto desasosiego asistir a un flujo de ocurrencias que son mías y al mismo tiempo no lo son. Rimbaud escribió: "Je est un autre". "Yo es otro". Emplear el pronombre *yo* con un verbo en tercera persona es un hallazgo lingüístico, muy acertado para este caso. Mis ocurrencias aparecen en mí como pertenecientes a otra persona, que soy yo. Lo único que puedo hacer es animar a mi *yo ocurrente* a trabajar, y esperar que me obedezca.

¿Sólo eso? No. De hecho, la educación consiste en formar un *yo ocurrente* fértil, creador, bondadoso y dócil. Capaz de atender a mis solicitudes. Ahora me doy cuenta de la broma que me ha gastado mi *yo ocurrente*. He acabado donde empecé. Hablando de la memoria, que es, en efecto, el origen de nuestras ocurrencias. Ortega decía, con razón, que para tener mucha imaginación hay que tener muy buena memoria, y los griegos consideraban que las Musas, diosas de las ocurrencias artísticas, eran hijas de Mnemosyne: la Memoria. En fin, sin poder explicarles cómo, el milagro ha sucedido: ya he escrito el artículo. ■



Raúl